

PRESENTACIÓN

José Antonio Alonso

*Profesor Emérito de Economía Aplicada
Universidad Complutense de Madrid*

Más del 80 % de la población que habita el planeta reside en países de ingreso medio y bajo, en lo que constituye el amplio y heterogéneo grupo de los países en desarrollo; y a esa misma categoría pertenecen cerca de las dos terceras partes de los países y territorios que pueblan el sistema internacional. No es excesivo, por tanto, decir que es esa la realidad más mayoritaria y representativa del mundo que hoy habitamos, dejando para un reducto menor y privilegiado el grupo de los llamados países desarrollados. Frente a esta evidencia se alza, sin embargo, la realidad de que es a este grupo reducido de países prósperos hacia los que se orienta la atención dominante de analistas y estudiosos.

No es claro que esa asimetría esté plenamente justificada. Al fin, del universo en desarrollo proviene ese reducido número de economías altamente dinámicas que actuaron como motores del crecimiento durante el último período expansivo de la economía internacional. A la cabeza de todas ellas, China como poder emergente ya consolidado en la escena global. Todos hubiésemos sido más pobres y la economía mundial menos dinámica, en este comienzo de siglo, sin la ascendente presencia de estas economías en desarrollo, la mayoría asiáticas, que, además de experimentar importantes ritmos de crecimiento y transformación productiva, actuaron como fuerzas tractoras del crecimiento del resto del mundo. No parece, además, que este protagonismo vaya a diluirse en el más cercano futuro, a juzgar por lo que apunta el Banco Mundial, que atribuye a los mercados emergentes del mundo en desarrollo cerca del 80 % de la responsabilidad del crecimiento de la economía mundial en este primer tercio del siglo.

En el otro lado de la balanza, también es a estos países a los que cabe atribuir los riesgos que la cambiante realidad económica o política puede proyectar sobre la estabilidad internacional. Aunque no sean los principales responsables en su origen, son estos países con mercados emergentes los que presentan mayores crecimientos en la emisión de gases de efecto invernadero, acelerando la amenazadora dinámica del cambio climático. También es previsible que sean estos países, con todavía una institucionalidad débil pero altamente insertos en los mercados de capital, los que protagonicen la próxima crisis financiera, de la que se podrán derivar efectos más allá de los límites regionales de quienes la provoquen. Y, en fin, por recordar lo sucedido al inicio de esta década, también es en estos países con sistemas sanitarios frágiles, donde se puede localizar el foco originario de una potencial nueva incidencia vírica, que luego se extienda al conjunto del planeta.

PRESENTACIÓN

En suma, tanto por su ascendente contribución al progreso económico internacional como por los desafíos que su vulnerable inserción en los mercados internacionales provoca, está más que justificado que se brinde una atención creciente a los procesos de transformación en curso en los países en desarrollo. Señalándolo de una manera sumaria, lo que suceda en la economía internacional en las próximas dos o tres décadas estará muy condicionado por lo que le suceda a este amplio grupo. Bueno es, por tanto, atender y animar a ese campo de especialización económica orientado a analizar los problemas específicos del mundo en desarrollo, para mejorar diagnósticos y construir respuestas de política más atinadas. A esa llamada responde *Información Comercial Española, Revista de Economía* con el presente monográfico, titulado «Economía del desarrollo: cambio y continuidad», que justamente se orienta a acoger algunos trabajos especializados en esa área de estudio.

Advirtamos de primeras que cuando nos referimos al mundo en desarrollo estamos aludiendo a un universo muy amplio y heterogéneo: en su seno conviven países de dimensión continental con otros que apenas tienen la población de una ciudad media europea; economías en acelerado proceso de transformación industrial con otras mucho más tradicionales o dependientes de la explotación de recursos primarios; o, en fin, economías próximas a la frontera de ingresos altos con aquellas otras sumidas en una crónica pobreza. El mundo en desarrollo es muy diverso, y esa diversidad se ha acentuado al compás de la expansión del heterogéneo grupo de países al que el Banco Mundial denomina de renta media.

Pese a esa diversidad constitutiva, existen problemas propios y compartidos que dan forma a alguna de las patologías que caracterizan a la pobreza extrema, a las carencias sociales e institucionales que acompañan al bajo nivel de renta o a los estrangulamientos productivos múltiples que padecen aquellos países en procesos acelerados de transformación. Son problemas que no se presentan (o, al menos, no con la misma morfología) en los países desarrollados. Y, en correspondencia, existen prioridades y respuestas de política económica que son más propias de ese tipo de países, sin que tengan similar relevancia en el caso de los países desarrollados. A estudiar esas especificidades asociadas a los bajos niveles de ingreso se ha dedicado, a lo largo de las últimas siete décadas, la llamada «economía del desarrollo».

En sus orígenes, ese cuerpo de doctrina adoptó un característico tono de heterodoxia, distanciándose de los planteamientos dominantes de la economía convencional. La opción parecía justificada, si se atiende a la sonora impugnación que la realidad del mundo en desarrollo hacía de buena parte de los exigentes supuestos (agentes racionales, mercados perfectos, relaciones lineales y ausencia de sentido histórico del tiempo) en los que descansaba la síntesis neoclásica; pero, junto a ello, también apuntaba a esa dirección el afán por dotar a los estudios del desarrollo de un enfoque interdisciplinar, lo que si bien los acercaba al dilatado territorio de la economía política, los hacía contrariar la demanda de sujeción disciplinaria que para sí misma se había dado la economía más convencional.

Tras más de siete décadas largas de historia, la economía del desarrollo ha pasado por diversas etapas, con grados distintos de creatividad e influencia intelectual. Tras el reflujó de la oleada neoliberal que sacudió el pensamiento económico y social durante las dos últimas décadas del pasado siglo, se abrió una nueva etapa en la que la economía del desarrollo se desplegó de una forma más original y activa, acogiendo nuevas áreas de trabajo y exhibiendo un nuevo estilo intelectual. Se relegó el gusto por construir metanarrativas del progreso económico, en beneficio de un análisis más singular de los problemas específicos que afectan a los procesos de desarrollo; y se abandonó la tendencia hacia el análisis descriptivo en favor de una más exigente construcción analítica de las hipótesis y de su posterior validación empírica. Como consecuencia de estos cambios, la economía del desarrollo se presenta hoy como un campo dinámico de la economía aplicada, que se conforma como un agregado heterogéneo de enfoques y modelos diversos desde los que tratar los problemas del desarrollo. Lo que pretendió (aunque nunca logró) erigirse en un cuerpo de doctrina unificado, acabó por devenir en una especie de *collage* fascinante de inspiradores modelos y propuestas.

El presente monográfico de *Información Comercial Española, Revista de Economía* presenta una colección de estudios que dan cuenta de esa variedad de temas y enfoques que hoy nutren la economía del desarrollo. No guía al número ni la homogeneidad temática, ni la pretensión de uniformidad en los enfoques. Cualquiera de estos propósitos entraría en colisión con la naturaleza diversa y cambiante que se le atribuye a la economía del desarrollo. Más bien de lo que se trata es de ofrecer una muestra de trabajos que, en su pluralidad, den cuenta del carácter diverso y rico del área doctrinal a la que remiten.

El número comienza con un artículo de **José Antonio Alonso** en el que se ofrece un panorama de la evolución intelectual de este cuerpo de doctrina. Se inicia el trabajo con una alusión a las aportaciones más fecundas y duraderas de los autores originarios de la teoría del desarrollo, para pasar después a señalar los principales rasgos del nuevo estilo de trabajo de la moderna teoría del desarrollo, apuntando a algunas de sus líneas investigadoras más interesantes. El recorrido por esas líneas subraya la fecundidad de este ámbito de investigación.

Una de las aportaciones más caracterizadoras de la teoría del desarrollo, desde su más temprano origen, es el estudio de los procesos de cambio estructural que experimentan las economías a medida que progresan en su senda de desarrollo: un aspecto que no queda siquiera entrevisto en los modelos uniecuacionales que dominan la teoría del crecimiento. Este proceso de cambio en la asignación de factores productivos presenta en los últimos tiempos nuevas morfologías como consecuencia del proceso de globalización en curso, haciendo que el protagonismo que en el pasado se había otorgado a la industria sea objeto de debate. Al análisis de estos aspectos se orienta el artículo de **Rafael Fernández, Adrián Rial y Andrés Maroto**.

El proceso de desarrollo comporta un esfuerzo inversor mayúsculo, que requiere ser financiado. El excesivo recurso a la financiación internacional, aunque necesario,

comporta posteriores servidumbres, en términos de vulnerabilidad financiera y acumulación de deuda para el país demandante de capitales. La vía para eludir una excesiva dependencia de la financiación internacional pasa por el fortalecimiento de los sistemas fiscales de los propios países en desarrollo. A estudiar los rasgos de esos sistemas y sus posibilidades de reforma se orienta el artículo de **Carlos Garcimartín**.

Los Objetivos de Desarrollo del Milenio llamaban a concentrar los esfuerzos de la comunidad internacional en torno al combate contra la pobreza extrema. La nueva Agenda de Desarrollo Sostenible, aunque mantiene su atención sobre la pobreza, entiende que las carencias sociales se expresan mejor a través de un enfoque más comprehensivo y anticipador, que repare en las condiciones de vulnerabilidad social de las personas y de los colectivos sociales. En el seno del Banco Mundial se ha puesto en marcha una línea de trabajo que trata de hacer operativo ese concepto de vulnerabilidad social, identificando sus dimensiones, los indicadores que pueden medirla y las respuestas de política que se pueden derivar. El artículo de **José Cuesta, Lucía Madrigal y Natalia Pecorari** ofrece una primicia de estas propuestas de primera mano, presentando los resultados tentativos de esa línea de trabajo.

En un entorno de alta interdependencia internacional, la agenda de desarrollo está obligada a integrar dimensiones relacionadas con los bienes públicos regionales y globales, que son condición de posibilidad para el progreso, incluyendo dentro de ellos buena parte de los objetivos de la transición ecológica. En la gestión y financiación de estos bienes están llamados a tener un papel protagonista los Bancos Regionales de Desarrollo. No obstante, para que puedan responder con eficacia a los nuevos desafíos de la economía internacional, esas instituciones multilaterales requieren de una profunda reforma. **Judith Clifton, Daniel Díaz-Fuentes y David Howarth** ofrecen en su artículo una caracterización de la Banca Regional de Desarrollo, estudiando las diversas generaciones de bancos creados a lo largo del tiempo y el rol que cada una de ellas asumió en la agenda de desarrollo.

De entre todas las transformaciones que ha experimentado la realidad internacional la que resulta más desafiante es la que apunta a los nuevos enfoques y prioridades que reclama la transición ecológica. En el estudio de ese proceso la Unión Europea constituye un laboratorio de interés, porque anticipa algunas de las tendencias que, con las especificidades propias de cada caso, habrán de seguirse en los países en desarrollo. **Claudia García-García, Sara Fernández y Celia Torrecillas** ofrecen un interesante estudio de cómo se comporta la ecoinnovación en los países europeos a medida que estos alteran sus niveles de renta. Sus conclusiones pueden ayudar a comprender las complejas relaciones que se dan entre niveles de desarrollo y demandas en el terreno ambiental.

Es caracterizador de lo que sucede en un amplio grupo de países en desarrollo disponer de unos recursos naturales valiosos, que tratan de poner en valor en los mercados internacionales. No obstante, la estrategia de crecimiento que se basa en la explotación intensiva de esos recursos —el llamado extractivismo— ha sido tradicionalmente objeto de críticas por sus efectos perversos sobre la calidad institucional, la competitividad y la

sostenibilidad del crecimiento del país afectado. **Rafael Domínguez Martín** entra en el debate con estas creencias, poniendo en cuestión los planteamientos simples que aparecen asociados tanto a la despreocupada extracción de rentas asociadas a esos recursos como al carácter condenatorio de las críticas al extractivismo.

Una de las fuentes obligadas de financiación del desarrollo, especialmente de los países más pobres, es la ayuda internacional. No obstante, una amplia y diversa literatura ha contribuido a sembrar dudas acerca de los niveles de eficacia de este componente de la financiación pública del desarrollo. Es cierto que no siempre el escepticismo aludido se corresponde con lo que efectivamente dicen los estudios, pero todavía abundan los que por no llegar a una conclusión empírica clara alimentan las sombras de duda. Conviene tener presente, sin embargo, que la ayuda es un flujo con múltiples componentes y con finalidades muy diversas y efectos sobre el crecimiento agregado igualmente dispares. Por eso, no es extraño que los resultados empíricos mejoren cuando se acota el tipo de ayuda que se considera y su impacto sobre aquella realidad sobre la que se quiere operar. Tal es lo que sugiere **Javier Abellán**, en este caso estudiando el efecto de la ayuda en el campo de la salud: un campo crucial en los momentos presentes.

Por último, la revista termina con un artículo de **Selene Fabiola Cruz Calderón** y **Joost Heijs** en el que estudian los factores de discriminación que aparecen asociados al uso del suelo en la Ciudad de México. De nuevo nos encontramos con una forma de enriquecer el análisis de la pobreza, estudiando factores adicionales que aparecen asociados a los procesos de exclusión social. Lo relevante de este trabajo no es solo el tema que se propone estudiar, sino también la herramienta estadística con la que se pretende desbrozar los datos, evidenciando esa vocación analítica que permea los nuevos campos de la economía del desarrollo.

El monográfico no pretende ser representativo del conjunto de líneas que se trabajan en la economía del desarrollo, pero es suficiente para evidenciar no solo la amplitud de temas y enfoques que es propia de este campo de especialización, sino también el plural recurso que hace a herramientas analíticas para estudiarlos.